

Cyborg

Cyborg

Isaac Asimov



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#Cyborg

Colección: Tombooktu Robot City

www.asimov.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Cyborg*

Autor: Mike McQuay

Responsable editorial: Isabel López Ayllón Martínez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-1574-717-8

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-445-2

ISBN Digital: 978-84-9967-446-9

Fecha de publicación: Diciembre 2012

Impreso en España

Imprime: Ulzama Digital

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Depósito legal: M-37051-2012

Índice

Leyes de la robótica	9
El organismo cibernético	11
I. La Llave de Perihelion.....	19
II. Por el canal de vertidos	33
III. El centro de llaves	45
IV. Ariel	55
V. La mano sobre una llave	63
VI. Extraños en la ciudad.....	71
VII. El cyborg	79
VIII. Recorriendo las calles.....	87
IX. Uno entre la multitud.....	95
X. ¡Lonjas de tocino!	105
XI. Frente al robot	113
XII. Labor de equipo	123
XIII. La vida en la huida	133
XIV. El trasplante.....	145
XV. El círculo se estrecha	157

XVI. Simón dice	169
XVII. Wolruf.....	181
XVIII. El despegue	193
Las claves de Cyborg.....	201
Otros Títulos de la colección	205

Leyes de la robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley.

El organismo cibernético

Isaac Asimov

Un robot es un robot y un organismo es un organismo. Como es bien sabido, un organismo se compone de células. Desde el punto de vista molecular, sus moléculas clave son los ácidos nucleicos y las proteínas. Éstas flotan en un medio acuoso, y el conjunto está sostenido por el sistema óseo. Es inútil continuar con su descripción, puesto que todos estamos familiarizados con los organismos, ya que nosotros somos un buen ejemplo de los mismos.

Un robot, por otra parte, es —como usualmente se pintan en ciencia ficción— un objeto más o menos parecido a un ser humano, construido con un metal muy resistente e inoxidable. Los escritores de ciencia ficción suelen mostrarse reacios a describir con demasiada precisión los detalles de los robots, ya que éstos no suelen ser esenciales para el argumento y, además, la mayoría no sabrían cómo describirlos.

La impresión que se obtiene de esas historias es que un robot está cableado, o sea que tiene unos cables por los que circula la electricidad, en lugar de venas por las que fluya la sangre. Y la fuente original de su fuerza motriz, o no se cita, o se supone que tiene una procedencia de la misma naturaleza que la energía nuclear.

¿Y el cerebro robótico?

Cuando escribí mis primeras historias de robots en 1939 y 1940, imaginé un «cerebro positrónico» de un tipo

esponjoso, hecho de una aleación de platino e iridio. De platino e iridio, porque ambos son metales inertes, y es menos probable que sufran cambios químicos. Debía ser esponjoso para que ofreciese una superficie enorme en la que pudieran formarse complejos modelos eléctricos. Y «positrónico», porque, cuatro años antes de escribir mi primera historia de robots, se descubrió el positrón como una especie de electrón a la inversa, de manera que «positrónico», en vez de «electrónico», tenía un sonido delicioso, muy de ciencia ficción.

Hoy día, claro está, mi cerebro positrónico de platino e iridio es algo tremendamente arcaico. Incluso diez años después de su invención, ya resultó desfasado. A finales de los años 40, comprendimos que el cerebro de un robot debía ser una especie de ordenador. Y, naturalmente, si un robot debía ser tan complejo como los robots de mis últimas novelas, el ordenador-cerebro de los robots debía ser tan complejo como el cerebro humano. Y debía estar formado por pequeñísimos microchips de un tamaño tan minúsculo como las células cerebrales, e igual de complejos.

Bien, ahora imaginemos algo que no sea ni organismo ni robot, sino una combinación de ambos. Tal vez deberíamos pensar que se trata de un organismo-robot, o un «orbot». En realidad, es un nombre muy pobre, puesto que es «robot» con las dos primeras letras transpuestas. Y llamarlo «orgabot» resulta una palabra muy fea.

Podríamos llamarlo robot-organismo o «robotanismo», que también suena mal, o bien «roborg». A mis oídos, «roborg» no suena tan mal, pero no queda suficientemente bien. Había que encontrar otra cosa.

La ciencia de los ordenadores recibió el nombre de «cibernética» hace una generación, gracias a Norbert Wiener. De modo que, si consideramos algo que es una parte robot y otra parte organismo, y recordamos que un robot es de naturaleza cibernética, podemos pensar que esa mezcla es un «organismo cibernético», o un «cyborg». En realidad, éste es el nombre que triunfó y el que se usa ahora.

Para ver cómo es un *cyborg*, empecemos con un organismo humano y avancemos hacia un robot y, una vez hecho esto,

comencemos por un robot y vayamos aproximándonos a un ser humano.

Para pasar de un organismo humano a un robot, debemos empezar por sustituir partes del organismo humano por partes robóticas. En cierto modo, esto ya se hace. Por ejemplo, un buen porcentaje del material original de mi dentadura es ahora metálico; y el metal, naturalmente, es la sustancia robótica *par excellence*.

Los elementos que se pueden reemplazar no han de ser metálicos forzosamente, claro está. Algunas partes de mis dientes son de naturaleza cerámica y, a primera vista, no se diferencian en nada del esmalte natural. De todos modos, aunque el esmalte tenga una apariencia cerámica y aunque, hasta cierto punto, sea de estructura química, en un principio se formó de material vivo y lleva las marcas de su origen. La cerámica que ha sustituido al esmalte no presenta ningún rastro de vida, ni ahora ni nunca.

Podemos seguir adelante. Mi esternón, que tuvo que ser partido longitudinalmente en una operación hace unos años, estuvo durante algún tiempo sujeto por grapas metálicas que, desde entonces, siguen ahí. Mi cuñada tiene una cadera artificial. Hay personas que llevan brazos o piernas artificiales, y esas extremidades no vivas van siendo diseñadas, a medida que pasa el tiempo, cada vez más complejas y más útiles. Hay individuos que viven durante días y hasta meses con un corazón artificial, y muchos viven años con marcapasos.

Podemos imaginar, poco a poco, que una y otra parte del ser humano son reemplazadas por materiales inorgánicos y por aparatos de ingeniería. ¿Hay alguna parte que sea difícil de reemplazar, ni siquiera imaginariamente?

Creo que esto nadie lo pone en duda. Reemplazaremos cualquier parte del ser humano, menos una: sustituiremos las extremidades, el corazón, el hígado, el esqueleto, y así sucesivamente, y el producto seguirá siendo humano. Será un ser humano con partes artificiales, pero será humano.

Pero, ¿y el cerebro?

Con toda seguridad, si hay algo que nos hace humanos, es el cerebro. Si hay una cosa que nos hace ser un individuo humano,

es ese complicado conjunto de emociones, de conocimientos, o sea todo el contenido de la memoria de nuestro cerebro particular. Simplemente, no podemos sustituir el cerebro por un aparato pensante salido del estante de una factoría. Tal recambio debería poseer todo lo que ha aprendido el cerebro natural, contener toda su memoria y reproducir su forma exacta de funcionamiento.

Un miembro artificial no funciona exactamente como uno natural, pero puede servir a su propósito. Lo mismo cabe decir de un pulmón, de un hígado o de un riñón artificiales. Un cerebro artificial, sin embargo, debe ser la copia precisa del cerebro que sustituye, o el ser humano en cuestión no será ya el mismo ser humano.

Entonces, resulta que el cerebro es el punto clave en el avance desde el organismo humano hasta llegar al robot. ¿Y a la inversa?

En mi relato «El hombre bicentenario», se describe el paso de mi robot protagonista, Andrew Martin, desde robot a hombre. Poco a poco, va cambiando hasta que todas sus partes visibles tienen una apariencia humana. Y despliega una inteligencia que va creciendo de forma similar, o incluso superior, a la de un hombre. Es un artista, un historiador, un científico, un administrativo. Fuerza la aprobación de leyes que garantizan los derechos robóticos y consigue el respeto y la admiración general hasta el más alto nivel.

Sin embargo, jamás logra que lo acepten como un hombre. También aquí el punto neurálgico es el cerebro robótico. Y mi protagonista se enfrenta a esto antes de poder superar el último obstáculo.

Por tanto, llegamos a la dicotomía cuerpo y cerebro. Los cyborgs realizables son aquéllos en que el cuerpo y el cerebro no se armonizan. Esto significa que podemos tener dos clases de cyborgs completos:

- a) un cerebro robótico en un cuerpo humano.
- b) un cerebro humano en un cuerpo robótico.

Podemos dar por sentado que, al calibrar el valor de un ser humano —o de un robot, claro está—, juzgamos primero por su aspecto superficial.

Podemos imaginarnos con gran facilidad que un hombre vea a una mujer de belleza superlativa y la contemple con tremenda admiración a primera vista.

—¡Vaya mujer hermosa! —exclamará o pensará el hombre; y es fácil que se crea enamorado de ella al instante. Creo que esto es algo rutinario en las novelas.

Y, naturalmente, si una mujer ve a un hombre agraciado, con toda seguridad dirá o pensará lo mismo.

Si uno se enamora de una belleza asombrosa, apenas perderá el tiempo preguntándose si ella —o él, claro— tiene cerebro, si posee buen carácter, si su criterio es de fiar, si es amable o si es cariñosa. Si después descubre que el buen aspecto es la única buena cualidad de esa persona, es probable que uno se dé excusas a sí mismo y continúe dejándose guiar, al menos durante un tiempo, por los reflejos condicionados de la respuesta erótica. Eventualmente, claro está, el sujeto se cansará de un buen aspecto sin contenido; aunque, ¿quién sabe cuándo llegará el cansancio?

Por otra parte, una persona con numerosas buenas cualidades, pero bastante fea, no flechará a nadie a primera vista, a menos que el otro tenga la suficiente inteligencia como para discernir las buenas cualidades y decida gozar de una tranquila felicidad toda la vida.

Lo que estoy diciendo, pues, es que un cyborg con un cerebro robótico en un cuerpo humano será aceptado por la mayoría, si no por todos, como un ser humano, mientras que un cyborg con un cerebro humano en un cuerpo robótico sólo será admitido por la mayoría, si no por todos, como un robot. Uno es, al fin y al cabo, al menos para la mayoría, lo que parece.

Esos dos cyborgs diametralmente opuestos, no obstante, plantean a los seres humanos un problema del mismo grado.

Consideremos el cerebro robótico en el cuerpo humano y preguntemos por qué ha de efectuarse la transferencia. Un cerebro robótico se halla mejor en un cuerpo robótico,

puesto que un cuerpo humano es el más frágil de los dos. Es posible poseer un cuerpo humano juvenil y fuerte con un cerebro lesionado por traumas o enfermedades, y entonces uno puede pensar: «¿Por qué malgastar ese magnífico cuerpo humano? Démosle un cerebro robótico a fin de que pueda vivir plenamente su vida».

Haciendo esto, el ser humano resultante no sería el original. Sería un ser humano diferente. No es posible conservar una individualidad de esta manera, sino tan sólo un cuerpo específico, carente de mentalidad. Y un cuerpo humano, por muy perfecto que sea, es, sin su cerebro, una cosa barata. Todos los días nacen un millón de cuerpos y no habría ninguna necesidad de conservarlos si les faltase el cerebro.

Por otra parte, ¿qué ocurriría con un cerebro humano en un cuerpo robótico? Un cerebro humano no dura eternamente, pero sí puede funcionar noventa años sin caer en la inutilidad absoluta. No es tan raro ver a un individuo de noventa años capaz de pensar razonablemente y de tener cierta agudeza mental. Sin embargo, también sabemos que muchas mentes superlativas se han desvanecido a los veinte o treinta años, porque el cuerpo que los albergaba —y que era inútil en ausencia de la mente— ha resultado inhabitable por traumas o enfermedades. Por tanto, habría un impulso casi irresistible a transferir un cerebro en perfecto estado, incluso superior, a un cuerpo robótico para darle unas cuantas décadas más de vida útil.

Así, al decir «cyborg», es fácil que pensemos exclusivamente en un cerebro humano en un cuerpo robótico, y que es la mente lo que cuenta y no el mecanismo que la soporta, y en esto tendríamos razón. Estoy seguro de que cualquier tribunal racional decidiría que un cyborg con un cerebro humano tiene todos los derechos legales de un hombre. Que puede votar, que puede ser esclavizado, y así sucesivamente.

Y, no obstante, supongamos que a un cyborg le pidieran:

—Demuestra que tienes un cerebro humano y no un cerebro robótico, antes de concederte los derechos humanos.

La manera más sencilla de que un cyborg superara la prueba sería demostrando que no está sujeto a las Tres Leyes de la Robótica. Como las Tres Leyes obligan socialmente a una conducta aceptable, esto significa que debería demostrar que es capaz de una conducta humana, es decir, perversa. El argumento más simple y más incontestable es sencillamente propinarle un puñetazo al retador, rompiéndole en el proceso la mandíbula, puesto que un robot no puede hacer tal cosa. En mi historia «Evidencia», que se publicó en 1947, usé este argumento para demostrar que alguien no era un robot, aunque en aquel caso había un truco.

Pero si un cyborg debe demostrar constantemente violencia para evidenciar que posee un cerebro humano, no trabará muchas amistades.

Incluso, aunque sea aceptado como un humano y se le permita votar, alquilar habitaciones de hotel y hacer todo lo demás que hacen los seres humanos, siempre habrá algunas reglas que le distinguirán de los seres humanos completos. El cyborg será más fuerte que un hombre y su puño metálico se considerará un arma mortal. Por tanto, se le podrá prohibir que pegue a un ser humano, incluso en defensa propia. No podrá dedicarse a ciertos deportes sobre la misma base que los seres humanos, y así sucesivamente.

¡Ah!, ¿pero necesita un cerebro humano ser encerrado en un cuerpo robótico de metal? ¿Por qué no encerrar el cerebro humano en un cuerpo fabricado con cerámica, plástico y fibra, a fin de que parezca y sienta como un cuerpo humano... teniendo además el cerebro humano?

Sin embargo, sospecho que ese cyborg todavía sufriría dificultades. Sería diferente. Por muy mínima que fuese la diferencia, los demás la captarían.

Sabemos que los individuos que poseen cerebros humanos y cuerpos humanos completos se odian a veces unos a otros a causa de una ligera diferencia de pigmentación de la piel, o una leve variación de la forma de la nariz, los ojos, los labios o el pelo.

Sabemos que las personas que no muestran ninguna diferencia en las características físicas se inventan una causa para

su odio, y así pueden pelearse por asuntos que no son físicos sino culturales, como diferencias en religión, en política, por el lugar de nacimiento, por la lengua, o incluso por el acento de una lengua. Afrontémoslo: los cyborgs tendrán dificultades, sean éstas cuáles sean.

A handwritten signature in black ink, reading "Isaac Asimov". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'I' and a long, sweeping underline.

1

La Llave de Perihelion

Derec suspiró y se pasó una mano por su cabello color de arena, cortado a cepillo.

—Katherine, no sé si ese estúpido ordenador sabe quién tiene la Llave de Perihelion. De todos modos, si lo sabe, no me lo dice. Se lo he preguntado de todas las maneras que he podido imaginar.

Giró la silla, de espaldas a la consola y frente a la joven.

Katherine le miró desde donde estaba y meneó la cabeza en señal de disgusto.

—Ignoraba que los ordenadores pudieran ser estúpidos —observó.

—Pues éste lo es —respondió él enojado, mientras la sangre afluí a su cara—. Si alguien programó una alta escala de seguridad en el ordenador, éste no responderá a ninguna pregunta que tenga prohibido contestar. Y, en eso, no puedo hacer nada.

Estaba contento de hallarse sentado. Ella era un poco más alta que él, aunque, eso esperaba, él continuaba creciendo. Suponía que la muchacha tenía asimismo uno o dos años más, pero dudaba respecto al resto de la identidad de Katherine... y de la suya propia.

Derec saltó de su silla, para poner cierta distancia entre ambos, y empezó a pasearse por la estancia. Mediante su manipulación del ordenador, había ordenado a los robots

constructores de Robot City que continuasen desarrollando el apartamento que él y Katherine compartían. Habían construido un dormitorio para cada uno, una cocina y una consola para la terminal de acceso al ordenador que había tenido que conjuntar él mismo. Y ahora se paseaba en torno al perímetro de la oficina, quemando su energía nerviosa.

El apartamento era hexagonal y los muebles estaban formados con la superficie interior. La luz surgía del techo en una difusión suave, muy grata. Las paredes disimulaban ahora la elegante forma del apartamento, que se parecía al interior de un cristal, pero él y Katherine estaban más cómodos que antes y eran más independientes.

Desde que Derec había detenido el crecimiento automático, frenético y autodestructor de Robot City, los dos vivían en una ciudad que casi parecía normal. La construcción continuaba a un ritmo más pausado, dentro de la capacidad de la ciudad para reajustarse a su crecimiento. Con las Leyes Robóticas en marcha, los dos humanos llevaba una existencia confortable y segura.

La Primera Ley de la Robótica dice: «Un robot no puede perjudicar a un ser humano ni, por omisión, permitir que se perjudique a un ser humano».

—Mira, Derec —dijo Katherine—, los dos deseamos largarnos de este planeta. Por el momento, aquí no sufrimos. Si tuviésemos una nave, ya estaríamos lejos. Pero como por ahora la Llave es nuestra única posibilidad de escape, tenemos que encontrarla sea como sea.

Derec observó que su tono era más suave. De todos modos, se limitó a girar sobre sí mismo, dando la espalda a la joven, y prosiguió paseándose. Desde que había descubierto que no era realmente Katherine Ariel Burgess, como le había dicho antes, sabía que no podía confiar en ella. O, al menos, que sólo podía creerla cuando se mostraba sarcástica o condescendiente. Cuando sonaba contenta, Derec tenía que imaginarse qué andaba buscando.

Además, él todavía sufría de amnesia. Hubiese resultado tonto preguntarle a ella cuál era su verdadera identidad cuando él no podía recordar la suya.

En realidad, hasta tocar el tema era embarazoso. Esta situación le tenía perpetuamente inquieto. Y lo mejor para ahuyentar esas preocupaciones era trabajar con el ordenador.

Volvió a sentarse en su silla. Después, empezó a pulsar las teclas antes de tener la menor idea de lo que debía hacer. Sólo trataba de estar ocupado.

Había desistido de construir un reconocedor oral de comandos en su terminal, puesto que lo consideraba como una barrera entre él y el laberinto del ordenador central. El ordenador incluía a los siete robots planificadores, o Supervisores, más importantes de la ciudad, unidos por sus enlaces de comunicación. El núcleo central sólo era accesible desde el misterioso despacho de la Torre de la Brújula, si bien a él no le había servido de nada desde que consiguió la suspensión de la construcción excesiva y los cambios sucesivos de la ciudad. El uso exclusivo del teclado para acceder al ordenador le permitía obtener mayor cantidad de datos y simplificar todo el sistema cuando tenía tiempo. Ahora, también le permitía meditar el silencio.

Al cabo de un instante de concentración, su malestar desapareció. Cuando habló, su tono fue casual.

—En realidad, este ordenador es bastante estúpido. No los supervisores, claro está, pero sí la manera en que combina su información. Los programadores cargaron tantos datos en él y tan deprisa, que los archivaron sin ninguna sistematización. Y el ordenador se ha vuelto demasiado lento para que funcione bien. Necesita mucha más depuración para que sea eficiente.

—Pensé que lo estabas programando de nuevo.

—¡Cuando tenga ocasión de hacerlo! —replicó Derec, súbitamente enfadado.

Estaba casi seguro de poder realizar algunos progresos, disponiendo de tiempo, pero estaba harto de que ella siempre cuestionase su destreza con los ordenadores. En realidad, éste era un asunto que conocía bastante bien y lo había demostrado varias veces. Como la amnesia le había dejado con muy pocos conocimientos sobre sí mismo, comprobar lo que sabía le resultaba sumamente importante. Había aprendido qué clase de amnesia padecía, algo llamado «amnesia fraccionada,

retrógrada, psicogénica y resistente a la hipnosis», fuese esto lo que fuese.

Katherine no contestó, aunque Derec supo que le estaba espiando.

—Bueno, nos vemos obligados a trabajar con un ordenador más bien raro —comentó él. La compostura que guardaba la joven hacía que él tuviera más conciencia de su propio malestar. Hizo un esfuerzo para calmarse—. Aquí estamos, en Robot City, una ciudad construida, gobernada y poblada exclusivamente por robots, y no tenemos la menor idea de quién la creó ni por qué. Es decir, ¿quién había oído jamás hablar de un planeta semejante?

—Lo sé, Derec —asintió ella—. Estamos juntos en esto.

—Permite que vuelva a hablar del ordenador. Estamos seguros de que los robots poseen la Llave, porque no hay nadie más en este planeta, aparte de nosotros. No...

—Derec, conozco esta parte —le interrumpió Katherine, con exagerado fastidio.

—Deja que continúe. Intento edificar una teoría. Nunca había visto un ordenador como éste, y todavía estoy pensando cómo debo manejarlo.

—Prosigue.

—El ordenador está sujeto, obviamente, a las Tres Leyes Robóticas, y por esto debería hacer honor a mis peticiones de información, bajo la Segunda Ley. Pero no es así, probablemente por dos razones. Primera, porque un programa anterior bajo la Segunda Ley requirió a los robots, colectivamente, que mantuvieran silencio acerca de ciertos secretos, por órdenes recibidas de otro humano, seguramente el creador de Robot City, sea quien sea.

La Segunda Ley de la Robótica dice: «Un robot debe obedecer las órdenes dadas a él por los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley».

Katherine asintió calladamente, mirando al suelo.

—¿Y la segunda razón?

—La segunda razón es que el sistema ordenador se ha expandido, al parecer, hasta el punto de necesitar una reorganización fundamental para operar eficazmente. Muchas partes

del sistema parecen ignorar lo que otras partes conocen. Y así se pierde mucha información. Incluso, cuando conoce la respuesta a una pregunta, tarda demasiado tiempo en localizar la información. Y yo he de inventar modos especiales de dar órdenes y formular preguntas para informarme.

Katherine levantó la cabeza y sonrió.

—Ahora ya lo hacemos mejor, Derec. Tenemos ya alguna práctica, especialmente con los robots.

—Supongo que no puedo negarlo —sonrió a su vez Derec—. La mejor manera de lograr que los robots colaboren es convencerles de que estamos en peligro, con lo cual activamos su programa de la Primera Ley.

—Lo sé, lo sé... ¿has olvidado mi charada en la Estación Rockliffe, con aquella amiguita alienígena tuya, Wolruf? Lo malo es que resulta mucho más difícil convencerles cuando estamos discutiendo. Creo recordar que los dos hemos mantenido ya varios asaltos de este tipo con algunos robots.

—Cierto —los cerebros positrónicos de los robots humanoides eran muy sofisticados, y discutir con su fría lógica resultaba desalentador—. Los Supervisores se muestran tan buenos colaboradores, dentro de los límites de su programación, naturalmente, que es una lástima que no podamos convencerles para que nos devuelvan la Llave.

—Ni siquiera han admitido que la sacaron del sitio donde la escondimos, en la Torre de la Brújula —masculló Katherine—. ¿Por qué tendrían que cooperar con nosotros?

—Estoy seguro de que no pueden o no quieren. Por eso tenemos que tratar de localizarla sin enfrentarnos con ellos. Cuanto más tarden en comprender que la buscamos, gozaremos de mayor libertad para movernos.

A pesar de su aproximación actual, Derec temía que, sino se ocupaba del ordenador, Katherine haría algunos comentarios más acerca de su incompetencia. Incluso podía llamarle derrotista. Decidido a no ofrecerle ninguna ocasión para ello, Derec continuó tecleando distraídamente.

Katherine atrajo hacia ella la otra silla —no tenían más que dos— y tomó asiento.

—Derec, tratemos de pensar algunas preguntas que yo pueda formularles a algunos de los otros robots, no a los Supervisores. Sé que no responderán a preguntas directas sobre la Llave, pero ya he obtenido informaciones de ellos en ocasiones anteriores. Como decías, sólo hemos de pensar las preguntas adecuadas. Cosas a las que deban contestar a causa de las Leyes.

—O preguntas —asintió él— que no vean que nos llevan a alguna parte. El problema es que esto es lo que he intentado hacer a través del ordenador. Y no sé...

Lo único que realmente sabían respecto a la Llave de Perihelion era que se trataba de un aparato de teletransporte, y que alguien la había sacado de donde ellos dos la habían escondido. Obviamente, los robots la tenían ahora, aunque no habían dado tal información. Como la Llave parecía pertenecer al planeta, o al menos tenía alguna relación especial con Robot City, los robots, aparentemente, no pensaban haberla robado. Eran incapaces de esa falta de honradez.

—Sabemos que los robots llevaban mucho tiempo buscando la Llave —razonó Derec—. Por tanto, lo que hayan hecho con ella debe formar parte de su programación a largo plazo.

Ciertamente, Derec podía servirse de Katherine, pero no sabía si debía confiar tanto en ella como para hablarle con entera libertad. En cierta ocasión, le había ofrecido que usara ella la Llave, mientras él se quedaba en el planeta, y ella había elegido quedarse con él. De esto hacía bastante tiempo. A veces, los dos estaban muy unidos, pero Derec no estaba seguro de que, si ella conseguía antes la Llave, compartiese su uso con él. Katherine padecía una enfermedad crónica, aunque la enfermedad era precisamente su secreto, y tal vez por esto la joven tuviese más prisa por abandonar el planeta de lo que decía.

Por este asunto, Derec estaba preocupado por ella. Deseaba obtener cuidados médicos humanos y esto significaba alejarse de Robot City. Sin embargo, tampoco quería ser abandonado en el planeta.

—Lo que están haciendo es obvio —manifestó Katherine—. Planean teletransportarse a alguna parte. Y, por lo que sabemos, la Llave sirve para esto.

—¿Y adónde piensan ir? Este planeta ya es todo suyo, exceptuándonos a nosotros dos.

—Oh, Derec... —Katherine estaba exasperada—. Deben querer teletransportar todo el planeta, tal como queremos hacer nosotros.

—¿Pero por qué...? —Derec calló. No podían saber el porqué, puesto que ignoraban, para empezar, los propósitos que tenían los robots con el planeta. Discutir los motivos de los robots no les llevaría muy lejos—. Bien, meditemos por un minuto. En el asteroide donde encontré la Llave, los robots estaban programados para destruirse en caso de ataque. La Llave y el secreto eran mucho más importantes que los robots o los demás materiales para la persona que los programó. El costo no tenía ninguna importancia. Y la programación sí la tenía, puesto que violaba la Tercera Ley.

La Tercera Ley de la Robótica dice: «Un robot debe proteger su existencia mientras tal protección no entre en conflicto con la Primera y Segunda Ley».

—De manera que su autodestrucción, probablemente en aras del secreto, debió ser programada por su creador bajo la Primera o la Segunda Ley —Katherine meditó un instante—. Volvemos a encontrar la ingeniería minimalista de que ya hablaste.

—Eh, un momento —Derec dio media vuelta en su silla, para mirar a la muchacha—. ¿No te lo expliqué ya? Cuando uso este término, me refiero a los dibujos que sirven para aclarar las cosas, aunque la tecnología pueda ser mucho más complicada de lo necesario para hacer que una cosa sea fácil de entender —se echó a reír, contento de llevar cierta ventaja sobre ella, para cambiar—. ¿Qué tiene esto que ver con unos robots que se convierten en charcos ardientes de chatarra fundida?

—Bueno, es la misma actitud. No se trata de la ingeniería, sino de las prioridades. El creador de Robot City no se preocupa por la conservación de los materiales.

—Oh, bien... Supongo que esto puede ser cierto. Naturalmente, ellos tienen todos los materiales que necesitan, ya que aquí no existe competencia alguna. Y yo... ¡Eh!

De repente se volvió hacia la consola. Sin mencionar la Llave, pidió los archivos de las peticiones de suministros. Después,

buscó algunos movimientos extraordinarios de materiales con una prioridad de alto nivel. Obtuvo varias localizaciones

—¡Ah! ¿Te apuestas algo a que están construyendo algún escondite para la Llave?

—¡Sí! —Katherine le abrazó ligeramente—. Eso deben hacer. Considerando su importancia, desean que la Llave se halle bajo la máxima seguridad de este planeta —rió un instante—. Y si nos aproximamos demasiado a ella, tal vez esos robots suicidas empezarán a fundirse y a convertirse en charcos ardientes de chatarra líquida.

Derec estaba aún absorto ante el repentino abrazo, y sentía su cara nuevamente enrojecida por el rubor. Ya otras veces había tenido muestras de afecto por parte de ella, pero a las mismas siempre seguían discusiones. Derec no tenía la menor idea de lo que sentía la joven.

—¿Crees que un robot especial está a cargo de la Llave? —prosiguió Katherine, muy excitada—. Esto nos diría donde debemos buscar.

Contento de tener algo más que hacer, Derec pidió una lista de los cambios de tareas entre los robots. La lista incluía los cambios geográficos de destino a donde eran enviados los robots. Los cambios más importantes en reorganización todavía tenían lugar en el aspecto constructor que Derec había atajado. Ahora, relacionó la información con la lista de lugares para los que se había requisado abundante material. Y, casi al momento, obtuvo el número de un robot.

—¡Ya está!

Katherine estaba mirando por encima de su hombro.

—Y fíjate... le han asignado un grupo de robots mayor de lo normal. Vaya, este número de serie es larguísimo.

Normalmente, a los robots que estaban en contacto constante con los humanos se les daba nombres en lugar de números; pero, en Robot City, los robots no tenían ningún motivo para suponer que estarían frecuentemente en contacto con humanos, por cuyo motivo sólo los Supervisores tenían nombre.

—Mira esto... Veamos. Llave... ¿Qué te parece Keymo¹?

1 En inglés, key significa llave.

Pulsó una serle de teclas.

—¿Qué has hecho?

—Le he dado un nombre. Lo recordaremos mucho mejor. Ahora que está en el ordenador, responderá al nombre lo mismo que al número. Los otros robots pueden aprenderlo, si se les pregunta.

—Ignoraba que supieras hacer esto.

—Oh —sonrió él—, lo he probado ahora.

—Bien, te felicito. Oye, Derec...

—¿Sí?

—Trata de saber la magnitud del grupo reunido. ¿Qué pueden estar haciendo?

—¿Seguridad? —Derec se encogió de hombros—. Tienes razón en esto. Los robots guardarán la Llave como un gran tesoro.

—¿Qué pueden temer, en esta ciudad? Además, poseen otros sistemas de seguridad. No necesitan un grupo de robots para guardar la Llave.

—Bien, chica, me has atrapado.

—¿Y sus últimas tareas? ¿En qué están especializados?

Derec empezó a pedir una lista de las anteriores tareas de los robots, y habló mientras lo hacía.

—Sé que sus habilidades les importan, a algunos de los robots, pero no sé hasta qué punto. Ciertamente, pueden obtener la información necesaria del ordenador central. Si logran extraer datos de esa máquina tan complicada, cualquiera de ellos puede enterarse prácticamente de todo lo que saben los otros robots —estudió la lista a medida que iba apareciendo—. Vaya, aquí está... Hum... Déjame probar... —con un par de toques, logró que el ordenador subdividiese la lista de acuerdo con las tareas anteriores que los robots tenían en común.

—No veo ninguna pauta —comentó Katherine, al cabo de unos momentos.

—Tampoco yo —Derec sacudió la cabeza—. Tienen toda clase de antecedentes distintos.

—Tal vez tengan otra cosa en común. ¿No puedes preguntarle al ordenador si tienen otro rasgo común?

—Puedo preguntarle todo lo que se te ocurra —sonrió Derec—. Otro asunto es que obtengamos una respuesta civilizada.

Un instante más tarde, tenía delante una nueva lista. La estudió y lanzó una exclamación.

—¡Atiza!

—Deben ser los que vigilan la Llave —susurró Katherine. Según el ordenador, los robots para esta nueva tarea habían sido elegidos por su extremada eficacia. Tenían archivados los menores fallos, los tiempos más cortos de reparación, incluso los récords de los mejores trabajos. Los que habían tenido contactos con los humanos habían llegado consistentemente a las decisiones necesarias relativas a las Leyes con el menor tiempo y el menor esfuerzo, si bien y eventualmente, todos los robots habían acabado por llegar a las decisiones correctas. Este equipo representaba a los mejores robots de todo Robot City.

—Ese Keymo debe ser lo mejor de lo mejor —observó Derec—, considerando que lo han nombrado jefe y que dominar a ese grupo no debe ser tarea fácil.

—Bueno, pues piensa esto: si conseguimos sonsacarle lo de la Llave de Perihelion, podremos sonsacar a los demás robots cualquier cosa.

Derec la miró, sonriendo débilmente. Luego, los dos se echaron a reír.

—Sí —concedió Katherine—, si les sonsacamos lo de la Llave de Perihelion, no necesitaremos sonsacarles nada más.

—Debemos dirigirnos a Keymo con un argumento preparado. —Derec se levantó y fue hacia la cocina—. Y, como no podemos contar con encontrar alimentos fuera de este apartamento, será mejor que comamos antes —estudió la lista de platos que el procesador químico podía simular—. Temo que no hay nada fresco. Tendremos que pedir otra entrega, pero ahora no tenemos tiempo.

Katherine se reunió con él y miró por encima de su hombro, con claras muestras de disgusto.

—Éste es otro buen motivo para abandonar este planeta. Esa comida es horrible.

—Supongo que los robots lo han hecho lo mejor que han podido. Antes de nuestra llegada no tenían por qué preocuparse por las comidas. Tal vez tuvimos suerte de que pudieran fabricar un procesador químico que al menos es tolerable.

—Por lo que a mí respecta, el mejor plato de esta máquina es el que puedo comer más de prisa, a fin de no tener que saborearlo más de lo necesario.

—De acuerdo. Pero no perdamos más tiempo —Derec entró el código y lo puso en marcha—. Otra vez... tabletas nutritivas.

—Yo tomaré el ponche de frutas como bebida.

—Sí, yo también.

Un instante más tarde, estaban sentados ante unas tabletas de forma rectangular, calientes y de color marrón. Cada tableta contenía una combinación de proteínas, hidratos de carbono y celulosa que les saciaba al fin. El gusto era más soso que malo. El procesador químico también podía producir platos más complicados, igualmente nutritivos, pero igualmente insípidos. Ni siquiera estaba a la altura de las autococinas de las naves.

Derec se tragó un bocado gracias a un sorbo de ponche de frutas. Al menos, el ácido cítrico le daba un sabor acre.

—Si dispusiera de tiempo, trataría de ordenarle al ordenador que mejorase este procesador. Lo malo es que no sé qué productos habría que añadir para mejorar el gusto... y dudo que el ordenador central lo sepa. Los robots poseen capacidades sensoriales para propósitos analíticos, pero no les importan las preferencias gastronómicas de los humanos.

—Si hoy conseguimos la Llave, nos largaremos de aquí. Vamos a trabajar sobre esta hipótesis. ¿Cómo sonsacaremos a Keymo acerca de la Llave?

—Cuando lo planteas así, parece un poco absurdo. Bien... ¿tienes alguna idea?

Esperaba que ella no se diese cuenta de que él no tenía ningún plan.

—Nuestra única oportunidad es obligarle a entregar la Llave por la interpretación de las Leyes. De manera que tendremos que discutir con él acerca de... —se encogió de hombros, sin poder sugerir nada.

—Si la comida fuese peor, podríamos decirle que tenemos que marcharnos de este planeta o morirnos de hambre —rió Derec.

—Lo malo es que no es tan pésima.

—Probablemente, la Segunda Ley no podrá ayudarnos. Como ya dije al respecto el ordenador central, cualquier solicitud nuestra será denegada a causa de las órdenes programadas con anterioridad bajo la Segunda Ley. El creador de Robot City dio anteriormente sus instrucciones.

Katherine contempló su vaso y luego lo cogió, aunque estaba vacío. De pronto, se levantó y fue hacia el procesador para llenarlo. Después, se quedó simplemente contemplando de nuevo el vaso.

Derec no tenía la menor idea de por qué Katherine estaba tan ausente. Debía estar reflexionando, pensó Derec; sí, a medida que él iba sintiéndose más calmado, hasta el punto de bromear, ella iba apartándose de él. La contempló sin hablar.

Katherine dio media vuelta y entró en su habitación.

Derec, sintiéndose desairado, no intentó acercarse a ella. En cambio, se levantó a su vez y llevó los platos y los vasos al lavavajillas. Después, dando media vuelta, se estiró un poco y limpió la parte interior del receptáculo de entrega del procesador. Ignoraba qué hacía Katherine.

Una vez más, Derec estaba atrapado por sus propias circunstancias. Tiempo atrás, se había despertado en la cápsula de supervivencia de una nave espacial, sin acordarse de su nombre ni de su vida anterior. Hasta su nombre, Derec, lo había adoptado para poder llamarse de alguna manera. Desde entonces, había vivido una serie de aventuras más o menos alocadas, pero ninguna le había devuelto la memoria.

En una de esas aventuras conoció a Katherine, y ambos se habían asociado por necesidad. Al fin y al cabo, eran los únicos seres humanos del planeta por ahora y compartían el deseo de abandonar Robot City. Derec, pese a todo, aún hallaba difícil tratar con Katherine. Sin embargo, si lograban huir del planeta, sería con la ayuda de la Llave de Perihelion. Derec respiró hondo.

—Katherine...

—Sí —la voz sonaba baja y distraída.

—Te... hum... te encuentras bien?

—¡Sí! —el tono fue insistente, muy agudo.

—Bien, hemos de ir a visitar a Keymo, esté donde esté. Sigues queriendo ir a verle, ¿verdad?

—Claro que sí —replicó ella, apareciendo en el umbral—. ¿Por qué no he de querer?

—No lo sé —Derec levantó los brazos—. A veces eres para mí un misterio tan grande como los orígenes de Robot City. Katherine se le acercó.

—¿Y bien...?

—Y bien, ¿qué?

—¿Vamos a ir ahora o no? Tenías tanta prisa...

—Seguro... Claro que nos vamos. Tengo una prisa enorme por largarme de este planeta y creo que tú también. ¡Vamos, en marcha!

—De acuerdo.

Estallando de cólera, Derec salió del apartamento sabiendo que ella iba pegada a sus talones.